

desesperacion por tener que vivir demasiado sujeto, habiéndose visto señales de que proyectaba salir de España; y se ha añadido que luego quería usurpar los reinos, dando muerte á su padre, con designio, dicen, de ir despues á Portugal, cuyo rey le favorecia, como tambien el cardenal, pasando de allí á Flándes. Con este objeto habia comprometido á gran número de personas verbalmente, pero sin confiar su secreto á ninguno, excepto, segun se cree, á Don Juan de Austria, para que le aclamase despues con toda su escuadra, y quizá tambien al marqués de Pescara. Hasta se cree que el rey ha sido advertido por uno de estos. Su Majestad no ha adoptado esta medida, sino despues de haber hecho rogar á Dios por espacio de cuatro meses lo ménos en todas las iglesias, que le inspirase y guiase.

Se ha quitado al príncipe toda su servidumbre y sus caballos, distribuyendo estos entre el rey, la reina, la princesa y Don Juan. Dícese que el duque de Feria debe ir por cuenta de los consejos fuera de la corte; y unos designan á Sevilla, otros á Italia, etc.

Madrid 26 de enero de 1568.

Carta del rey católico á Don Perafan de Rivera, duque de Alcalá, virey de Nápoles.

Habiendo dispuesto que la persona del serenísimo príncipe Don Carlos sea recogida, introduciendo un órden muy diferente en el modo de tratarle, servirle y conducirse con respecto á él; y siendo este cambio de la naturaleza que es, nos ha parecido á propósito hacérselo entender, con el objeto de que sapáis que lo que se ha hecho ha sido por una razon tan justa y causas tan urgentes, que nos hemos visto obligados á obrar de esta manera, y no hemos podido dejar de aceptar este medio; creyendo como creemos ciertamente, que será el mas conveniente y el mas propio, tanto para el servicio de Dios como para el del Estado, que hasta aquí se ha tenido en consideracion; y al cual se ha atendido como se hará en adelante, de lo que se os dará aviso oportuno, ó cuando sea necesario.

Madrid 22 de enero de 1568.

YO EL REY.

Es bueno consultar sobre este hecho, enteramente desfigurado por los libelistas contemporáneos y por los trágicos posteriores, la correspondencia de Torquevaux, embajador frances en España, en Raumer, *Cartas históricas sobre los siglos XVI y XVII*. Refiérese en ellas que Don Carlos manifestaba abiertamente el odio que tenia á su padre, hasta tal punto que su confesor le negó la absolucion; y que estaba envidioso de Don Juan de Austria, al que trató de asesinar.

Si se reflexiona que Felipe II tenia treinta y un años cuando se casó con la prometida de su hijo, aun niño, y que la princesa de Eboli era tuerta, no es ya posible admirar, como se acostumbra, la verdad histórica de Schiller y de los demas escritores que han tratado dramáticamente este asunto. Un arte adopta una falsa direccion cuando, sacrificando un mérito que le es propio, ejecuta lo que otro arte puede hacer con mayor perfeccion y facilidad y con sus medios peculiares. Así acontece con la poesía cuando quiere convertirse en historia; y en el caso práctico, fué necesario hacer dramáticamente de Don Carlos el tipo de la tolerancia y de la libertad, mientras era todo lo contrario.

Antes de Schiller, el Inglés Otway escribió en 1676 una tragedia sobre el mismo asunto. La accion empieza el dia mismo en que se celebran en Madrid las fiestas del matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia. El rey está celoso antes de poseerla; ella llora al amante que ha perdido. Felipe confia sus celos á Gómez, que los fomenta con la esperanza de sacar partido de ellos. Los dos amantes se encuentran, y Carlos con-

fiesa á la reina su amor, la que no le oculta el suyo; y presentándole la mano que aquel cubre de besos; « Amadme, le dice, príncipe generoso; pero conservad » pura vuestra llama: que vuestros deseos sean castos » á fin de que podamos algun dia encontrarnos sin » vergüenza en la morada celeste, cuando nos presen- » temos en ella sin que haya en nosotros mas que » alma y amor... ¡ Ah! ¿ Por qué estoy tan turbada? » Me siento muy débil; no puedo permanecer aquí » mas tiempo: temo el poder de tan dulce encanto, » y no tendria fuerzas para alejarme. »

El marqués de Posa es tambien en esta obra el amigo del infante; acompaña en union de Gómez y de Don Juan de Austria al rey, que se presenta en el tercer acto, exclamando: « ¡ Poderoso Dios! ¿ cómo » he podido excitar vuestra cólera hasta tal punto » que aflijáis mi ancianidad, despues de haber he- » cho próspera mi juventud? ¡ El incesto de una es- » posa con un hijo! ¡ Terrible pensamiento!... » Gómez, que ha asegurado haber visto á Carlos besar la mano de la reina, recibe órden de castigarla, y tambien al infante; pero el marqués de Posa toma su defensa y desafia al traidor que ataca la honra de ambos. Don Juan de Austria se une á él, pero no logra disipar las sospechas del monarca. Posa advierte al infante y á la reina del peligro que los amenaza, é Isabel contesta: « Como, ¿ está celoso? Esperaba que » tendria mas fe en mi virtud. Sus injustas sospechas » no tardaron mucho en declararse, pues comenzó á » manifestarlas el dia mismo de nuestro matrimonio, » antes de la noche que debia consumarlo. » Aconseja á Carlos marchar, pero él no quiere resignarse á ello. Apenas ha salido este, cuando aparece el rey, y encontrando á Posa con la reina, se enfurece, manda ponerla presa, y amenaza á la reina, la que le jura un odio eterno. En su consecuencia manda reducirla á prision; y cuando Carlos, que se presenta entónces, le pregunta por qué trata así á la reina, le hace tambien poner preso; pero Don Juan intercede por ellos. El infante dirige á su padre amargos cargos, le confiesa que ama á la reina, y hasta se alaba de ello. Indignado el rey manda que sea aquella desterrada; enterneciéndose despues la abraza, le jura que la ama, y le hace prometer no volver á ver á Carlos; despues sale, dejando al príncipe con la reina. Aquí hay una escena de amor.

Carlos se propone ir á Flándes, mas antes quiere ver á la reina. Vienen á prenderle de órden del rey; pero Don Juan se encarga de suspender la ejecucion del decreto. Penetra el infante en el aposento de la reina, fiándose en la princesa de Eboli que finge favorecerle. La reina le exige que tranquilice á su padre, y él lo promete; pero entretanto se adelanta hácia el aposento de ella. Prevenido Gómez por la princesa de Eboli, anuncia al rey que Carlos é Isabel están juntos. Aparece Posa, y el rey manda á Gómez darle muerte, lo que ejecuta; se le encuentran despachos para Flándes, que habia preparado en nombre del infante; y en este momento llega Carlos á pedir perdón á su padre, en presencia de la reina. Encolerizado el rey, contesta enseñándole los despachos y el cadáver de Posa; Carlos, desesperado, saca su espada, arrojándola despues lejos de sí. La reina quiere justificarle, Felipe se irrita, y concluye por mandar á la princesa de Eboli envenenar á Isabel, á fin de que expie sus culpas con grandes padecimientos.

En el quinto acto el rey manda á decir á la reina que Carlos la aguarda; pero cuando llega, se encuentra en los brazos del celoso monarca, que la dirige cargos é íntima que se prepare á morir: Isabel acepta su suerte, aunque protestando de su inocencia, y comienza á sentir los efectos del veneno. Entretanto la princesa de Eboli, mujer de Gómez, habia sido encontrada con Don Juan por su esposo, el cual la habia herido, y se presenta moribunda en la escena, revela los manejos de Gómez, la inocencia de la reina y espira.

En vano quiere el rey salvar á Isabel, que ha bebido ya el fatal veneno; á Carlos le fueron abiertas las venas, de modo que la escena es ensangrentada y mueren la una cerca del otro, mientras que el rey da de puñaladas á Gómez.

Estas muertes constituyen un desenlace desgraciado. Hay, sin embargo, mérito en los caracteres de Posa y de la princesa de Eboli, que el poeta alemán ha descrito magníficamente, aunque de una manera ideal. Schiller escribió su *Don Carlos* en Bauerbach, en medio de una vida de imaginacion y de trabajo, consolado por la amistad de madama Wollzogen, que le habia ofrecido aquel asilo. Puede verse una prueba de la disposicion lirica que le animaba en este pasaje de una carta dirigida á uno de sus amigos: « Con el fresco » de la mañana pienso en vos y en mi Carlos. Mi » alma contempla la naturaleza en un espejo brillante » y sin nubes, y me parece que mis ideas son la rea- » lidad. La poesia es una amistad entusiasta, un » amor platónico á una criatura de nuestra imagina- » cion. Un gran poeta debe ser capaz de experimentar » á lo ménos una grande amistad. Debemos ser los » amigos de nuestros héroes, pues debemos temblar, » obrar, llorar y desesperarnos con ellos. Así yo ha- » blo con Carlos en mis sueños; me paseo con él por » el campo; tiene el alma del Hamlet de Shakspeare, » la sangre y los nervios del Julio de Leisewitz; pero » recibe de mí la vida y el impulso. »

(U) pág. 314.

LA MATANZA DE SAN BARTOLOMÉ.

« Los Católicos, hombres de odio y de cólera, dis- » puestos á cometer todas las violencias para sostener la supersticion contra la razon, no conociendo otro medio de evitar que la verdad se extendiese, concertaron una matanza universal de los disidentes en Francia; en lo cual marcharon de acuerdo el papa, Felipe II y Carlos IX. »

Así, poco mas ó ménos, se formulaba, en el siglo pasado, la historia del deplorable crimen ejecutado en la noche de San Bartolomé, y ofrecia un hermoso tema de declamaciones contra los reyes y los sacerdotes, dos poderes que locamente se confundian en la opinion de los filósofos.

Nuestro siglo, ménos analítico, es decir, ménos crédulo en cuanto á los asertos, y acostumbrado á pesar mas los hechos, ha debido naturalmente someter de nuevo al exámen estos dogmas volterrianos, conviniendo ante todo en que aquel acontecimiento es uno de los problemas mas adecuados para impulsar la historia al escepticismo.

¿ La matanza fué preparada y premeditada? ¿ Felipe II la aconsejó realmente á Carlos IX y á la reina Catalina, seis ó siete años antes de su ejecucion? ¿ Se concibió la idea de adormecer al partido protestante en la confianza y en la seguridad? ó bien, como lo pretenden los Católicos, ¿ fué el resultado de una sublevacion popular, de un motin pasajero, de una violencia que el rey sancionó con su autoridad, para satisfacer y saciar la venganza de la exasperada muchedumbre? Los contemporáneos están desacordes en todos los puntos.

Perefixe asegura que perecieron seis mil individuos: como obispo católico, no tenia interes en aumentar el número de los muertos. Sully, hugonote, lo hace ascender á setenta mil; De Thou, favorable á los filósofos opuestos á los Católicos, no cuenta mas que treinta mil muertos; la Popelinière los reduce á veinte mil; Papirio Masson á diez mil; el martirologio de los calvinistas á cinco mil; el abate Caveirac pretende que la lista fúnebre no pasó de dos mil. De este número, á setenta mil hay gran diferencia.

Respecto de la premeditacion no hay ménos oscuridad. Segun los primeros historiadores católicos, Pa-

pírio Masson y Camilo Capilupi, fué larga, constante, y estuvo muy oculta. Cuando Felipe II recibió la noticia de la matanza, manifestó grande alegría. Varios de sus cortesanos gritaban que el acontecimiento no era debido al rey de Francia, sino al pueblo, pues los calvinistas habian sucumbido á los inesperados golpes del furor popular; pero « á estas palabras (dice el embajador frances que refiere esta conversacion) el rey de España movió desdeñosamente la cabeza, burlándose del cortesano que habia emitido tal opinion, y declaró que atribuía evidentemente el castigo de los herejes á una estratagemá concebida por la habilidad y sostenida por el poder de V. M. » Roma pensaba como Felipe II, en atencion á que Capilupi, caballero romano, publicó bajo el título de *Estratagemá de Carlos IX, rey de Francia, contra los rebeldes hugonotes*, una relacion bien escrita de la conjuracion, de su ejecucion y de sus consecuencias, juzgándola una tragedia deplorable, pero necesaria y ordenada por el deber. Su libro está lleno de la política perversa que dominaba entónces en Italia y fuera de ella; y esta se manifiesta tan desnuda y tan negra, que los historiadores concienzudos sospecharon que los calvinistas habian hecho componer la obra en italiano para dañar al partido contrario.

El famoso latinista Mureto, á quien los humanistas apellidan nuevo Ciceron, pronunció ante el papa un elogio de la matanza; y trasladamos aquí el siguiente pasaje como prueba de la hinchazon que le era natural: « O noctem illam memorabilem et in fastis exi- » miá alienjus notá adjectione signandam, quæ pau- » corum seditiosorum interitu regem a presentí cædis » periculo, regnum a perpetuo bellorum civilium for- » midine liberavit! Qua quidem noctes stellas equi- » dem ipsas luxisse solito nitidius arbitror, et flumen » Sequanam majores undas volvisse, quo citius illa » impurorum hominum cadavera evolveret et exone- » raret in mare. O felicissimam mulierem Catharinam, » regi matrem, quæ cum tot annos admirabili pruden- » tia parique sollicitudine regnum filio, filium regno » conservasset, tum demum secure regnantem filium » adspexit! O regis fratres ipsos quoque beatos! quo- » rum alter cum, qua ætate ceteri vix adhuc arma » trahere incipiunt, ea ipse quater commisso prælio » fraternos hostes fregisset ac fugasset, hujus quoque » pulcherrimi facti præcipuam gloriam ad se potissi- » mum voluit pertinere, alter, quamquam ætate non- » dum ad rem militarem idonea erat, tanta tamen est » ad virtutem indole, ut neminem nisi fratrem in his » rebus gerendis eoque animo sibi passurus fuerit an- » teponi. O diem denique illum plenum letitiæ et hila- » ritatis, quo tu, beatissime pater, hoc ad te nuncia » allato, Deo immortalí et divo Ludovico regi, cujus » hæc in ipso pervigilio evenerant, gratias acturus, » indictas a te supplicationes pedestris obiisti! Quis » optabilior ad te nuncios adferri poterat? aut nos » ipsi quod feliciter optare poteramus principium pon- » tificatus tui, quam ut primis illius mensibus tetram » caliginem, quasi exorte sole, discussam cernerem- » mus! » (T. I, p. 197, ed. Rubnken.)

El príncipe Francisco de Toscana escribia á Vasari, con fecha de 20 de noviembre de 1572, lo que sigue: « Nos alegramos de haber sabido, no solo vuestra llegada á Roma, sino tambien los favores que os ha dispensado Su Santidad, quien tiene razon en querer que aparezca en la sala de los reyes un acontecimiento tan santo y notable como fué la ejecucion contra los hugonotes en Francia. » Ap. GAYE II, CCCXI.

En 1817 se publicó una relacion del Tasso sobre las cosas de Francia, donde aprueba y alaba aquella mortandad.

Papirio Masson, el predicador Sorbin y la mayor parte de los escritores españoles se quejan de que no hubiera podido de una vez sofocarse toda la hoguera de la herejía; léjos de creer que perjudicaban la memoria de Carlos IX, pretendieron tributar homenaje.

á su piedad, reuniendo todos los hechos que tienden á probar que la matanza estaba prevista y dispuesta mucho tiempo ántes.

Los historiadores católicos modernos desecharon con indignación esta premeditación de crimen, juzgando necesario lavar la mancha sangrienta é infame impresa en la frente de los sectarios de Jesucristo; y acusaron de calumniadores á Capilupi, Masson y De Thou. Caveirac de Nimes, dialéctico erudito, escritor exacto y correcto, celoso Católico, suministró los principales argumentos de que se sirvieron los otros historiadores, y principalmente el doctor Lingard; y en su pequeño *Tratado*, obra maestra de argumentación, presenta con talento y vigor algunas razones, y desenvuelve con destreza las circunstancias históricas.

Segun estos historiadores, la conjuración de todas las potencias católicas contra el calvinismo es una quimera. En el momento en que el almirante Coligny fué derribado por Maurevert, Carlos IX estaba en visperas de declarar la guerra á España por hallarse indispuertas las dos cortes hacia large tiempo. Felipe II, muy comprometido en Bélgica, no temia nada tanto como ver al rey cristianísimo aumentar con aquellas hostilidades la dificultad de su posición. No se encuentra por otra parte, añade Caveirac, en la ejecución de aquella sanguinaria tragedia, la uniformidad de disposiciones, la sencillez del plan, necesaria si hubiese existido premeditación. La corte no hubiera dejado de hacer dar muerte en el mismo día á todos los protestantes en las diferentes ciudades de Francia; por el contrario, la matanza se verificó en Meaux el 25 de agosto, en la Charité el 26, en Orleans el 27, en Saumur y Angers el 29, en Lyon el 30, en Tróyes el 2 de setiembre, en Bourges el 11, en Ruan el 17, en Romans el 20, en Tolosa el 25, en Burdeos el 23 de octubre. Al considerar estas diferentes fechas, no se puede ménos de pensar que el ejemplo del fanatismo produjo diferentes matanzas, y que la carnicería se extendió como un reguero de pólvora que se inflama en toda la línea que recorre.

Véanse otros problemas no ménos controvertidos: ¿A quién pertenece la responsabilidad del crimen? ¿Al rey, á las guardias, como lo pretenden Voltaire y toda su escuela filosófica, ó al pueblo, como afirma el imparcial De Thou?

Por una parte, los que dan crédito á la conspiración de los señores, desechando la suposición de un grande y concertado motin popular, citan á Capilupi, Brantome, D'Aubigné, las *Memorias* de Condé, y en general á todos los protestantes. No queriendo admitir que la masa de la nación estuviese irritada contra los herejes, dan el plan de la conjuración como emanado de un comité secreto formado por Catalina, Tavannes, Birago, y dirigido por la inspiración española. Afirmar, que no solo el pueblo bajo, sino también la mayoría de los grandes señores, ignoraban el proyecto de matanza. Citan, en prueba de este aserto, la conversación de Carlos IX con un cortesano, que habiéndole dado á entender que estaba informado de las resoluciones de la corte por el duque de Anjou, fué despedido con cólera por el rey, el cual llamó al instante á su hermano, y le reprendió por su indiscreción. Algunos como Tavannes, en las *Memorias* de la vida de su padre, sostienen que solo querían deshacerse de los jefes rebeldes, y que el furor del populacho generalizó la matanza. Otros, á ejemplo de De Thou, afirman que el proyecto era comprender á todo el partido en una misma proscripción.

Así, á medida que se trata de aclarar las tinieblas de este problema histórico, la oscuridad se aumenta. Si consultamos los escritos calvinistas, la tragedia de Chenier, la historia de Hume, un monarca cruel, una reina italiana y otros criminales ó confidentes lo hicieron todo. Si por el contrario, se da crédito á Lingard, toda la nación fué cómplice de aquel crimen: opinion acogida por los opúsculos de la época, tanto en

prosa como en verso, que hablan de la alegría del populacho. Segun ellos, no fué Carlos IX quien impulsó á su siglo, sino este quien impulsó á aquel rey.

L'Eternel Dieu véritable
Qui découvre tous les secrets,
A permis de droit equitable
Les perfides être massarez;
Car la dimanche vingt-quatriesme
Furent tués plus d'un centieme
Fauteurs de la loi calvinienne,
Depuis on a continué
De punir les plus vicieux
De ceux qui avaiént remué
Toute la terre voir les cieux.

Cappler de Vallay, autor de estos versos, era un mal poeta; pero semejante elegía no se hubiera vendido por las calles de Paris, si no hubiese correspondido á las pasiones y servido de órgano á los furros sangrientos de la muchedumbre. No se permiten poesías tan detestables sino en tales ocasiones, y para que una reacción nacional se verifique de una manera tan brutal, tan repugnante, es preciso suponer en ella mucha energía y gran conformidad de ideas. La *Marmite renversée des hérétiques*, la *Juste vengeance de Dieu sur les hérétiques*, manifiestan el furor popular; y los grabados de la época, las medallas acuñadas en honor de los asesinos católicos, los sermones pronunciados en el púlpito ante la multitud, los furros de la liga y de todo el pueblo, son otras tantas pruebas en apoyo de la opinion que acrimina á las masas y no á un pequeño número de conjurados.

Pero sigamos. ¿Fué el principal motor de la matanza el fanatismo religioso ó la ambición del poder? Voltaire no ve mas que fanatismo, opinion comun á los filósofos del siglo xviii. No obstante, De Thou, la Popelinière, d'Auvigné, Tavannes y el mayor número de los autores de *Memorias*, que tomaron parte en los negocios del Estado, se quejan sobre todo de la insolencia del partido calvinista y de la conspiración del almirante Coligny y de los suyos, conspiración que Carlos IX ahogó en sangre. Segun esta hipótesis, sostenida por el abate de Caveirac, De Thou y Lingard, la religion no tuvo ninguna parte en la matanza. En efecto, no se ven concurrir al consejo secreto que la dispuso, ni cardenales, ni obispos, ni sacerdotes, sino solo hombres políticos, dirigidos por una mujer depravada, educados en los principios del maquiavelismo, y poco interesados en la pureza de la religion, pues que sus costumbres y sus almas estaban corrompidas. Si tenemos la costumbre, añaden estos escritores, de considerar tan grande efusion de sangre como obra del Catolicismo, es porque damos crédito á Voltaire, para quien todos los medios eran buenos con tal que pudiese ultrajar á la religion que detestaba. Lingard y Caveirac no ven, pues, en este delito sino una proscripción, y en los ministros de la venganza real sino unos sicarios políticos; no hubo, segun ellos, ni furor religioso, ni manos armadas de puñales y crucifijos. Los calvinistas, considerados como reos de Estado, como súbditos rebeldes sublevados contra su monarca para aterrarle con amenazas, imponiéndole su voluntad, perecieron en una proscripción comun, heridos de un golpe semejante al que hizo caer en un día las cabezas de seis mil Romanos bajo la espada de Sila.

Si este punto de vista parece probable y da una explicación plausible de un acontecimiento tan extraordinario, hay otros muchos argumentos en contra á saber, las felicitaciones de los príncipes católicos, que corrieron de un extremo á otro de Europa, las solemnes acciones de gracias dadas en Roma, la procesion de Gregorio XIII desde la iglesia de San Marcos á la de San Luis, la medalla acuñada para eternizar la memoria de aquel suceso. Pero Caveirac sostiene que todas estas demostraciones de alegría y gratitud no tenían mas objeto y principio único y verdadero que

el descubrimiento de una extensa conspiración tramada contra el rey por los hugonotes, y particularmente por su jefe Coligny.

Los calvinistas sostienen que la conspiración fué un fantasma, un miserable pretexto; y que todas las palabras y acciones de Coligny fueron propias de un súbdito fiel. El rey permaneció en guardia contra las asechanzas de Felipe II, y si los nobles calvinistas estaban armados, es muy natural que personas perseguidas no presentasen pacíficamente su garganta al verdugo. Cuando tenían por enemigos mortales á toda la familia de los Guisas, á la reina madre, á la corte, al pueblo y al clero, ¿quién podía hacerles un cargo de haberse mantenido á la defensiva? El trono no debía temer nada del protestante Coligny; pero si los príncipes católicos de la familia de Lorena. Añaden que siendo débil el protestantismo, era mucho mas necesario á los hugonotes defenderse de los enemigos que les rodeaban.

Los Católicos contestan, que el almirante era el jefe de una rebelión no interrumpida hacia algunos años, con objeto de trastornar la Francia, poner al rey en tutela y cambiar la religion. ¿No habia organizado en todo el pueblo una extensa filiación protestante, que obedecía á una señal de su mano y le convertía en segundo rey de Francia? ¿No tenia en las provincias gobernadores á sus órdenes, recaudadores de impuestos, tenientes, subtenientes y consejeros? ¿A qué súbdito le es permitido erigirse en segundo amo? ¿qué monarca hubiera tolerado esta peligrosa é ilícita rivalidad? Véase lo que pensaba con respecto á esto Carlos IX, y cómo se expresa en su carta á M. de Shomberg:

« El almirante era mas poderoso y obedecido que yo, pudiendo, por la grande autoridad que habia usurpado, sublevar á nuestros súbditos y armarlos contra mí, cuando le conviniere, como me lo habia manifestado varias veces. Habiéndose abrogado tal poder sobre mis súbditos, no podia yo llamarme rey absoluto, sino solo dueño de una parte de mis Estados. Si Dios ha querido libertarme de él, debo alabarle y bendecirle por el justo castigo que ha impuesto al almirante y á sus cómplices. Como me era imposible soportarlo mas tiempo, he resuelto dar libre curso á la justicia de una manera que, á la verdad, no hubiera querido, pero que era inevitable en semejantes circunstancias. »

« Su majestad (dice Bellievre) hablando con algunos de sus servidores, entre los cuales me contaba yo, decia que cuando se veía amenazado de este modo, se le erizaban los cabellos. » Se encuentran señales del mismo terror inspirado por el almirante en Brantome, Tavannes y Montluc, personas todas empleadas en aquella corte.

¿Quién no hubiera tomado por una insolencia, por una tiranía premeditada, por una insoportable é injuriosa bravata estas palabras de Coligny á su soberano: *Señor, haced la guerra á los Españoles, ó nos veremos precisados á hacerla á vos?* ¿No trató de anonadar el poder de Catalina? Cuando esta mujer, que no vivia sino para reinar, se vió amenazada, puso por obra todos los medios á fin de aniquilar á sus enemigos, secundada por el celo de algunos cortesanos, y entre otros por Tavannes. Habiendo dicho un día el rey á este último, que uno de sus súbditos le ofrecia diez mil hombres para llevar la guerra á los Países Bajos, creyendo que solo Coligny podia hacer semejante oferta, le contestó: « Señor, deberiais derribar la cabeza » del súbdito que os dirige semejantes palabras. ¿Qué derecho tiene para ofreceros lo que es vuestro? Esta » es una señal manifiesta de que los ha seducido » corrompido, que es jefe de partido con perjuicio » vuestro, y que ha ganado esos diez mil hombres, » súbditos vuestros, para servirse de ellos, en caso de » necesidad, contra vos. »

Recapitemos los problemas planteados:

I. ¿Se han exagerado los horrores de aquellas jornadas?

II. ¿Los protestantes perecieron como rebeldes ó como herejes?

III. ¿La ejecución fué premeditada ó no? ¿Los verdugos obedecieron á un impulso exterior, á su voluntad, ó á la sed de sangre?

IV. ¿En fin, las masas deben considerarse mas culpadas que los que les dieron impulso? ¿El delito fué nacional ó individual? ¿político ó religioso? ¿pertenece á una corte ó á un siglo?

¿Cuál era entónces la situación de la Europa y el movimiento general de las naciones? Los partidarios de lo pasado, fieles á los dogmas de la religion de sus padres, luchaban en todas partes con vigor contra los fautores de innovaciones, de la duda protestante y de la libertad de creencias. Este doble sentimiento se desarrollaba con arranques de energía apasionada, fecondos en crímenes. Si la España católica quemaba en la plaza pública á los sospechosos de herejía, los anabaptistas degollaban en Münster en nombre de Dios mujeres, ancianos y niños. Si los doctores de la Sorbona condenaban á muerte á los que negaban su simbolo, Calvino enviaba al suplicio á Servet, que comprendia de otra manera que él la Trinidad. Á la idea protestante se unia la de emancipación y de libertad; á la fe católica se juntaba la idea de autoridad y obediencia. Roma, Paris y Madrid, sedes de la religion católica, se llenaron de furor contra Wittemberg, Basilea y Londres; toda la Europa se presentó dividida en dos bandos, el uno partidario de lo pasado, el otro de lo porvenir, que no se aseguró sin lucha, violencia, innovaciones y angustias.

Con respecto á la masa del pueblo frances, el Catolicismo era su vida moral, la sancion de lo pasado y de lo porvenir, el culto de sus abuelos, la garantía de todos sus derechos. Para los Españoles, era la nacionalidad, la emancipación del poder de los Moros, el estandarte de Pizarro, de Colon, de Vasco de Gama. ¿Cuántas pasiones se excitaron, inquietas, terribles, sanguinarias, dispuestas á todo, cuando penetrando la innovación de Lutero en todos los ánimos, atacó al Catolicismo, íntima creencia del hombre de las clases medias, y el motor mas eficaz del hombre de guerra! Todo lo que constituía la felicidad de los unos, el apoyo, la esperanza ó la ambición de los otros, se encontraba entónces reunido; la masa de las inteligencias vulgares, de las almas tímidas y benévolas, de los hombres que prefieren creer á razonar, se asustó; temblaron los grandes, los débiles, los pobres, los hombres de las clases medias, los artesanos; y todas las religiones de Europa caminaron bajo un estandarte comun.

Por otra parte, este movimiento lisonjaba á la libertad del pensamiento humano. Los eruditos, que se complacian en el exámen de su creencia, los pequeños príncipes contentos con sacudir el yugo de una autoridad molesta, los ánimos atrevidos á quienes inducia la novedad, ciertos reyes que, haciéndose jefes de la nueva Iglesia, esperaban llegar á ser papas á su vez, y elevar altares contra altares, formaron un ejército militante de protestantes, y se manifestaron tanto mas terribles, cuanto mayor resistencia encontraron por todas partes.

Ambos partidos se distinguieron políticamente con colores muy diversos. En Francia, los nobles de provincias, descendientes de señores poderosos en otra época, y privados de su autoridad feudal por el movimiento que se habia verificado desde Carlos VI, hallaron en el nuevo culto una especie de independencia, de aislamiento y superioridad que los halagaba. Sin declarar decididamente la guerra al trono y al pueblo, se colocaron en una línea especial para atacar á uno y á otro. Terribles por su carácter, por su táctica y valor, por sus relaciones y crédito, formaban una liga estrechada con el vínculo sagrado de una creencia comun, y por lo mismo formidable respecto de una corte depravada é inconstante. Á estos nobles se unían las personas instruidas, que haciéndose calvinistas, se emancipaban

de la nobleza que los rechazaba, y del pueblo cuya ignorancia excitaba su desprecio. Distinción de talento, elevación de carácter, orgullo, ambición, tal vez algo de envidia, todos estos elementos se combinaban en el partido protestante de Francia.

La sangre principió á correr desde el momento en que las dos masas llegaron á las manos. Entónces comenzaron los crímenes. Príncipes, sacerdotes, pueblos, fueron culpados al mismo tiempo, atribuyendo cada uno la primera falta á su adversario. Al principio todo se volvió ardientes recriminaciones; despues á la lucha de las ideas sucedió la lucha material, que multiplicó los cadáveres. Los historiadores defendieron de mala manera la causa, ya de los protestantes, ya de los Católicos; Varillas y Voltaire provocaron, igualmente injustos, el juicio de la posteridad imparcial que los pesó en la misma balanza, y les pareció ver á derecha é izquierda espadas teñidas en sangre, y reconocer en aquel combate á muerte, no los crímenes de una secta, sino las culpas de una corte, no las instigaciones del fanatismo, sino las eternas pasiones de la humanidad.

La matanza de Vassy, que cada uno de los dos partidos achacaba al otro, dió la primera señal, y los protestantes del Mediodía ejercieron al momento las mas atroces crueldades contra los Católicos; los Católicos del centro no permanecieron ociosos, y por todas partes hubo emulación en cometer insultos y crímenes. ¿Quién quedó vencedor en la lucha? ¿á quién debe adjudicarse la palma del asesinato? Difícil sería decirlo. Si las víctimas católicas fueron ménos en número que las protestantes, consistió en que la multitud era católica. En unos había obstinación de rebelion, en otros obstinación de furor. En 1567 y 1569, las calles de Nimes se teñieron en sangre católica; la gente del país llamó *Miguelada* la matanza causada por los protestantes el día de San Miguel de 1567 con horrible regularidad, cuando los Católicos, encerrados en las casas consistoriales, fueron degollados por sus enemigos de un modo que recuerda las matanzas de setiembre, durante la revolución francesa. Se les hizo bajar uno á otro á los subterráneos de la iglesia, donde los religionarios los aguardaban, para atravesarlos á puñaladas, hombres provistos de antorchas estaban colocados en la flecha y en las ventanas del campanario, para iluminar mejor aquella escena de carnicería, que duró desde las once de la noche hasta las seis de la mañana.

Los mismos crímenes se renovaron bajo diferentes formas en toda la Francia, sin que sea posible afirmar qué partido tomó la iniciativa. En los puntos donde el protestantismo constituía el partido principal, los Católicos sucumbieron; la superioridad fué de los Católicos donde, como en París, los protestantes estaban en minoría. Maurevert asesinó á Coligny, y Poltrot al duque de Guisa. Precidados los hugonotes á organizarse para su defensa, redujeron al trono y la corte á la última extremidad, de tal manera que el rey no representó ya ninguno de los intereses que agitaban violentamente á la muchedumbre. Á derecha é izquierda de la corona real surgieron dos coronas, la del protestantismo en la cabeza de Coligny, la del Catolicismo en la del duque de Guisa. Desprovista la corte de fuerzas, se puso sobre las armas, y la astucia de Catalina de Médicis representó maravillosamente la política pagana del siglo. Así es que por una parte estaba la galantería, la voluptuosidad, el libertinaje, la depravación de la corte, y por la otra la severidad aguerrida, la tenacidad rebelde, la indomable firmeza de los protestantes; en fin, el fanatismo popular y el celo inflamado de los Católicos. Uniéndose el trono alternativamente á cada uno de estos partidos, siempre respetado en la apariencia y despreciado en el fondo, fué cómplice de todos los crímenes que pretendía reprimir, cómplice de la rebelion que no castigaba, cómplice de la matanza de San Bartolomé que urdía con los Católicos.

En aquel estado de cosas, si se hubiese dicho á la corte que para conquistar el poder era preciso que profesase el protestantismo, la corte hubiera sido protestante: corte disoluta, en que el mismo rey, á pesar de su severidad católica, llevaba una vida tan poco digna de un Cristiano; en que no había mas que bailes, máscaras, banquetes preparados por cocineros italianos, cantares que se entonaban durante la noche, visitas á astrólogos, duelos, refinamientos de molice, flores de placer teñidas de púrpura sangrienta (según la expresión de Pasquier): Carlos IX y los señores que le rodeaban, gastaban la energía de su alma en ejercicios corporales, en locuras y en raras extravagancias. El rey apostó con Clausnes á que llegaria al cabo de un año á besar la punta de su pié; apuesta hecha seriamente, como aun consta en la Biblioteca real entre los manuscritos de Bethune. Catalina de Médicis no descuidaba nada para aumentar esta manía de crímenes, esta extravagancia y depravación de costumbres que favorecía sus designios.

Los movimientos de las potencias protestantes y católicas se mezclaban con todo este caos; tanto unas como otras procuraban hacer inclinar la balanza á su favor; ambas partes daban consejos contradictorios, que se oían con intencion de seguirlos cuando se presentase la ocasion. Pero los deseos, las intrigas, los votos ardientes, estaban necesariamente subordinados al curso de los acontecimientos, que nadie podia prever. ¿Por qué los historiadores mas sabios olvidan esta máxima popular: el hombre propone y Dios dispone?

La corte, cansada del engrandecimiento de los calvinistas, buscó primero todos los medios de deshacerse de ellos; despues trató de ganar tiempo, en seguida de negociar; tan pronto los combatía como los acariciaba. Pensó en atraerlos á su partido ofreciéndoles la libertad de conciencia; pero, asustada con sus amenazas, volvió á caer en una desesperación que, haciéndola volver á sus primeras ideas de exterminio, la obligó finalmente á recurrir á la matanza. ¿Fué, pues, esta matanza objeto de una premeditación de siete años? No seguramente. ¿Se empezó á pensar en ella desde las conferencias de Bayona? Sí, á no dudarlo; y si no fué una trama regularizada, fué á lo ménos un designio vago, según lo manifiestan las palabras de los historiadores contemporáneos, tales como Tabannes, Castelnau, Le Laboureur, Mathieu, Calignon, Lanone, Adriani, Dávila, Farniano Estrada. «Las dos cortes (dice Estrada) se entendieron con respecto á los socorros que debían proporcionarse mutuamente, para la extirpación de la herejía, y con respecto á los remedios que había que aplicar á los males de la religion en Francia.» Adriani que, según se cree, sacó los materiales de su historia del diario particular de Cosme, gran duque de Toscana, habla con mas claridad. «Se concluyó por atenerse á los consejos que el duque de Alba había dado en Bayona, conformes al parecer del rey católico; y cuando se conoció la imposibilidad de hacer algo de otra manera que con la muerte de todos los jefes hugonotes, renovando en París las Visperas Sicilianas, se siguió este consejo en 1572, tan pronto como la ocasion se presentó.» Según Dávila, que gozaba de la confianza de la reina madre, los medios que había que emplear para extirpar la herejía se concibieron y determinaron en Bayona; y como el duque de Alba recomendase sobre todo no perdonar á ninguno de los jefes, en atención á que una cabeza de salmon vale mas que cien ranas, la reina contestó «que adoptaria este partido en un caso desesperado; pero que primero trataría de evitar la efusion de sangre, haciendo entrar á los hugonotes en el seno de la Iglesia por la conciliación y la dulzura.» Se separaron, prosigue el mismo escritor, ofreciéndose asistencia y socorro; pero reservándose obrar según las circunstancias, las cuales podrian modificar los

proyectos de cada uno. «En la asamblea de Bayona (dice el autor de las Memorias de Tavannes), se resolvió que las dos coronas se protegerían recíprocamente, sosteniendo la religion católica, triunfando de los rebeldes y haciendo de manera que los jefes de los sediciosos fuesen cogidos y ajusticiados.» Le Laboureur, comentarista de Castelnau, dice que «los hugonotes estaban advertidos de que la liga formada contra ellos debía estallar despues del congreso de Bayona.» Pasquier asegura que desde aquellas negociaciones crecieron las sospechas de los calvinistas, y procuraron que su organización militar fuese mas fuerte y terrible.

¿Qué se puede oponer á esta asercion de los protestantes y de los Católicos? ¿Se dirá que la liga de los príncipes no fué mas que un proyecto sin resultado; que el Edicto de pacificación de 1570 fué dictado por un deseo sincero de conciliación general; que los hugonotes abusaron de la indulgencia que se había usado con respecto á ellos; que el matrimonio de Enrique de Bearne con Margarita de Francia los llenó de loca presunción? Sea; pero esto no destruye los testimonios citados. Era necesario y natural, políticamente hablando, que los príncipes católicos se uniesen para destruir una herejía que los amenazaba en sus mas caros intereses; esta liga prosperó; mas en su origen no pasó de ser una concepción imperfecta. Era natural, por otra parte, que las ideas de prudencia, de humanidad, y quizá tambien de temor personal, se opusiesen á la ejecución del plan concebido en Bayona. En fin, despues de muchas incertidumbres, vacilaciones y pasos contradictorios, se recurrió con desesperación al partido de la mas atroz violencia; violencia aconsejada hacia mucho tiempo, tramada, meditada, adoptada y abandonada alternativamente, pero considerada como el último refugio. Era natural que ciertos caracteres disimulados y profundos no perdiesen nunca de vista el objeto que se habían propuesto.

Árbitro de las relaciones exteriores, envolviendo á la Francia en el sistema de la Reforma, teniendo en expectativa la independencia municipal de las provincias y la grande existencia del feudalismo, forzando al rey á desarmar á los ciudadanos de París, el calvinismo no aspiraba, sin duda, ni á asesinar al rey, ni á destruir la monarquía; pero no por eso crecía ménos su terrible poder, y era para los Católicos y para la corte un motivo de continuos terrores. Los protestantes de Alemania le servían de apoyo; mas contra esta facción se elevaban á un tiempo los partidarios del municipio, los mercaderes de París, los señores de la corte, los sacerdotes, y casi todas las mujeres. En una carta que Coligny escribió al rey, se encuentran expuestas muchas quejas; pero ¿hasta qué punto eran fundados sus agravios? El dinero que se le había prometido no le fué entregado; los Católicos insultaban á los protestantes; no se les tributaban los honores debidos; se les negaban los viveres, y dos de los suyos habían sido muertos últimamente. Suponiendo la verdad de todo esto, y que la corte obrase de buena fe, ¿hubiera podido refrenar el ardor popular, tanto mas cuanto que los favores que concedía á los protestantes eran injuriosos para la muchedumbre? Se les halagaba, y al mismo tiempo se les temía; situación detestable, no habiendo nada mas peligroso que ser temido de hombres que tienen poder.

Los hugonotes habían fundado, desde 1548 hasta 1559, su fuerza militar, y establecido sus predicaciones. Tratóse de derribarlos con la persecución, primero enviando á Anneo Dubourg al suplicio; luego privando del favor á todos los jefes calvinistas. La casa de Lorena, atacada por la conspiración de Amboise, había hecho rodar cabezas en el cadalso. El tercer estado había procurado interponerse, moderando por una parte el movimiento calvinista, y por

la otra la persecución de la ortodoxia; transacción inútil que duró desde 1560 á 1561, sin terminar nada. Era inminente la guerra; porque mientras la antigua sociedad católica se irritaba con las concesiones hechas por la corte á la nueva creencia, los calvinistas estaban muy distantes de encontrarse satisfechos con aquellas concesiones. El acontecimiento de Vassy, la profanación de San Medardo, la alteración de la paz de los templos y de los sermones, el incendio de los conventos y de las abadías, dieron la señal de aquella terrible guerra civil, que duró hasta 1562.

Á este año se refiere el célebre congreso de Bayona. Capefigue, último historiador de aquella época, concede «que el proyecto de deshacerse de los hugonotes por un medio cualquiera, fué concebido, y quizá determinado en aquellas negociaciones.» Se creía á los calvinistas tan fuertes, que se pensó en destruirlos. *La destreza no vale nada*, exclamó Carlos IX en presencia del canceller L'Hopital; pues la ardiente y débil cabeza del rey, habiendo recibido ya la impresión que le habían comunicado el duque de Alba y Catalina, pensaba en la matanza, cuya ejecución fué contrariada por mas de una indecisión y de un obstáculo.

Los esfuerzos del tercer estado para obtener la conciliación, observar la fe jurada, moderar las violencias de los unos y la obstinación de los otros, no pudieron impedir la segunda guerra religiosa, que duró desde 1566 hasta 1570, sin mas resultado que habituar á los calvinistas á las batallas, y aumentar el furor popular. Habiéndose organizado París para la guerra civil, los protestantes se acostumbraron al fanatismo guerrero. La corte de Roma se enseñoreó de la de Francia, y Pio V escribía á todos los príncipes de Europa, comprometiéndolos á sostener á Carlos IX. Si se comparan las palabras del jefe de la religion católica con las del duque de Alba, de Felipe II, de Catalina de Médicis, de Carlos IX, se reconocerá que la matanza de San Bartolomé no fué mas que la última explosión de una catástrofe preparada hacia mucho tiempo por la necesidad misma de las cosas y por la posición de las partes contrarias.

Verificóse hácia el año de 1570 una revolución en los ánimos que los condujo á la paz, hija del cansancio general ocasionado por una lucha sangrienta é inútil. Los hombres exaltados murmuraban, la clase média se sentía ofendida, y los hugonotes deponían contra su voluntad las armas. La corte, despues de seguir alternativamente los impulsos de violencia, transacción, guerra declarada ó mediación que había recibido de los Guisas, del tercer estado, de Roma y del calvinismo, concluyó por ceder á la tendencia hugonote del consejo. Todo parecía concurrir á fines de 1572 á una paz religiosa, y si el proyecto de una gran matanza, meditado por espacio de varios años, subsistía aun, estaba abandonado por Carlos IX. Revivió cuando el protestantismo conquistó el poder, despues del matrimonio de Enrique IV y de Margarita; cuando el rey se vió, digámoslo así, sitiado por los hugonotes, hombres severos, inexorables y orgullosos; cuando el pueblo de París se irritó al aspecto de aquellos protestantes que entraban como en triunfo en sus ciudades sin ir á misa, sin penetrar en su antigua catedral; entónces fué cuando todo el interés popular se fijó en Enrique de Guisa, jefe de los Católicos, y todo el odio en Coligny y en el rey que seguía sus consejos.

Desde aquel momento, un temor sordo se esparció por los ánimos; y Montluc no titubea en confesar en sus *Memorias*, que los hugonotes corrían grandes riesgos en aquella época. «Al saber las noticias de la corte, me repetía á mí mismo todos los días, que se halagaba demasiado á los hugonotes, y que habria ruido.»

En efecto, cuando la corte pudo comprender la emoción del vulgo, la ambición de los protestantes, el